

MARÍA ANTONIA LONDOÑO

Timor Oriental: el referéndum de la muerte

El pueblo timorense, que pasó de cuatro siglos de dominación colonial portuguesa a la ocupación indonesia que aún persiste, sigue condenado a pagar con sangre su sueño de libertad. El escenario de atrocidades que sucedió al triunfo de la independencia en el referéndum celebrado el pasado 30 de agosto en Timor Oriental es un episodio más de una tragedia tejida por los poderes en Indonesia y el cinismo de las potencias mundiales. Como telón de fondo, las fuerzas armadas aparecen dominando la contienda en el marco de la crisis de liderazgo en Indonesia. A la hora del balance, la impotencia de la ONU y los desajustes de la nueva era de la intervención humanitaria dejan mucho que desear.

María Antonia Londoño es abogada y experta en información internacional y países del sur, investigadora invitada del CIP.

A pesar de encerrar una lógica diferente, la reticencia inicial de las potencias mundiales frente a la intervención en Timor Oriental comporta un paralelismo con el apoyo prestado por éstas a la dictadura de Suharto durante tres décadas. Aunque su llegada al poder entrañara la muerte de 700.000 indonesios, las ventajas geopolíticas que ofrecía aliarse con el país más grande del sudeste pacífico prevalecieron durante la Guerra Fría.¹ Además de que Suharto abrió el país a la inversión extranjera, el beneficio que reportaba la venta de armas, necesarias para establecer la represión como mecanismo de legitimación se impuso siempre sobre cualquier otra consideración.²

Cuando Suharto consideró el abandono de Lisboa durante la descolonización como buen momento para aumentar su territorio y sus recursos anexándose a Timor Oriental, comunicó sus intenciones al presidente Gerald Ford y a su secretario de Estado, Henry Kissinger, según lo reconoció este último años más tarde.³ Fue gracias a la protección diplomática de sus aliados occidentales que logró ignorar las resoluciones de la ONU que exigían su retirada. Mientras éstos se lucraban

¹ Sandra Gil, "Timor Oriental: la tragedia ignorada", *Papeles*, 59/60, CIP, 1996, p. 73.

² Stephen R. Shalom, Noam Chomsky y Michael Albert, "East Timor Questions and Answers", //www.zmag.org/.

³ José Antonio Rocamora, "Aproximación a la historia de Timor Este", en *La Cuestión de Timor Oriental*, José María Bosch (Ed), Cometa, Zaragoza, 1996, p.33.

*La crisis
financiera de
1997 dejó a
las masas
indonesias
sumergidas
en un caos
económico y
social.*

armando al régimen autoritario, Indonesia consumaba los crímenes que han definido su presencia militar en Timor Oriental: el genocidio de 200.000 timorenses y el sometimiento del resto de la población a cinco lustros de violaciones graves y sistemáticas de los derechos humanos.

La crisis financiera de 1997 dejó a las masas indonesias sumergidas en un caos económico y social, y movilizó una oleada de protestas que, sumadas a la presión de la comunidad internacional, impusieron la dimisión de Suharto en mayo de 1998⁴. Con el final de tres décadas de régimen dictatorial, Indonesia entró en una etapa de transición democrática en la cual la cuestión timorense encontró una salida.

Tras la sorprendente aceptación por parte de Indonesia de una fuerza multinacional para restablecer el orden en Timor Oriental, seguida por la ratificación de las medidas necesarias por parte del Consejo de Seguridad, los 8.000 efectivos del contingente multinacional INTERFET, liderado por Australia, llegan al territorio facultados para usar la fuerza según lo dispone el capítulo VII de la Carta de la ONU. El desastre humanitario que resultó de la *política de tierra quemada* emprendida por las fuerzas armadas indonesias y sus milicias ofrece un panorama desolador, con ciudades arrasadas por el fuego y el saqueo. Las pérdidas humanas se calculan entre 7.000 y 20.000,⁵ y no es posible tener una idea exacta dado que muchos cadáveres han sido quemados o arrojados al mar.

Según la Cruz Roja Internacional, la totalidad de la población (800.000 habitantes) ha sido obligada a desplazarse; 600.000 permaneciendo en estaciones policiales, comandos militares y en las montañas en el interior de Timor Oriental, al borde de morir de inanición.⁶ Los otros 200.000 han sido sometidos a traslados forzosos y agrupados en campos de concentración en Timor Occidental donde, al no quedar contemplados dentro de la misión pacificadora, seguirán a la merced de las milicias y los soldados indonesios.

Las tareas primordiales de distribuir la ayuda alimentaria a los desplazados y conducir el regreso a sus hogares implicarán dificultades, tanto por su dimensión como por las condiciones de hostilidad en que tendrán que desarrollarse. El hecho de que sólo se prevea un retiro paulatino de los 20.000 efectivos del aparato militar indonesio, y que éstos tengan una función consultiva dentro de las actividades de la misión, más que plantear problemas de coordinación, resulta temeroso. De hecho, la intervención en Timor Oriental no cabe propiamente dentro de las denominadas misiones de mantenimiento de la paz. Los integrantes del contingente podrán, en aras de conjurar la violencia, enfrentarse bien sea con paramilitares o con miembros de las fuerzas armadas indonesias. En cualquiera de los casos, éstos serán numerosos y podrán hacer uso de su infraestructura bélica y de su logística militar.

⁴ Tamara Osorio, "¿Indonesia desintegrada?", *Guerras en el sistema mundial*, Anuario CIP 1999, Icaria, Barcelona, 1999, pp: 87-89.

⁵ CIDAC, //homepage.esoterica.pt/.

⁶ Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados, 20 de septiembre, 1999, /www.unhcr.ch/.

Las dudas de Washington

Las potencias occidentales estuvieron paralizadas durante varios días mientras se ejecutaban las matanzas y los desplazamientos forzosos, con la excusa de que Indonesia no aceptaba la intervención. Según el precedente sentado por la guerra de la OTAN contra Serbia, no era necesario hacer partícipe al Consejo de Seguridad. Los principios humanitarios entonces invocados por las potencias occidentales fueron puestos en cuestión de forma abominable en Timor Oriental, donde en pocos meses se contaron más del doble de las víctimas ocurridas en Kosovo durante todo el año previo al bombardeo.

La intervención inmediata se justificaba a la luz de que la soberanía de la república yugoslava sobre Kosovo era indiscutida, mientras que Timor Oriental es un territorio no autónomo dentro de los así considerados por la ONU. Indonesia no es más que su ocupante beligerante desde que lo invadió en 1975. Pero el discurso moral sobre el cual se apoyó la intervención en Kosovo resultó políticamente indefendible en el caso de Timor Oriental, ya que otros intereses pragmáticos de las potencias mundiales se encontraban en juego.

Una intervención militar en Timor Oriental puede alterar, según razonan las potencias mundiales, la delicada situación política y económica por la cual atraviesa Indonesia, cuyo alcance podía acarrear otra crisis asiática con repercusiones en la economía de toda la región. Aún siendo testigo del valor demostrado por los timorenses al votar de forma abrumadora por la independencia en un contexto de terror e intimidación, arriesgar la solvencia de Indonesia al momento de resarcir sus obligaciones colosales para con la banca norteamericana, europea y japonesa,⁷ representaba un riesgo para las élites capitalistas mundiales.

Por otro lado, para el Gobierno de Washington la vía del Consejo de Seguridad se hizo definitiva, en cuanto a que no deseaba hacerle desafíos a China. Recientemente el presidente Ziang Zeming, tras haber criticado la “diplomacia cañonera” y el neocolonialismo americano, manifestaba públicamente que se darían acercamientos entre su Gobierno y los miembros de la ASEAN para convenir sobre el tema de la seguridad regional.⁸ El temor a un dispositivo militar en la zona asiática cuyo núcleo sea China ha sido, según Noam Chomsky, la base de la política de seguridad exterior estadounidense desde la Segunda Guerra Mundial.⁹

Las opciones que dejaba el camino de la presión diplomática no generaban mucho optimismo, dado que la aprobación de Indonesia se sujetaba virtualmente a la voluntad del ministro de Defensa y jefe del Estado Mayor, el general Wiranto. Al presidente Clinton le sobraba la influencia para conminar a su homólogo a aceptar la intervención. El solo hecho de que Suharto hubiese abandonado la jefatura de Indonesia en mayo de 1998, pocas horas después de que la secretaria de Estado,

⁷ Barnaby Mason, “Analysis: The West’s reluctance to act”, 8 de septiembre, 1999, [/www.bbc.co.uk/](http://www.bbc.co.uk/).

⁸ Noam Chomsky, entrevistado por David Barsamian, “East Timor on the brink”, [/www.zmag.org/](http://www.zmag.org/).

⁹ Ibidem.

Madeleine Albright, lo llamara a hacerlo, simboliza la naturaleza de las relaciones entre Washington y Yakarta.¹⁰ Pero obligar a Habibie a marginar a Wiranto de la decisión era potenciar un golpe militar, y a un fraccionamiento absoluto del poder en Indonesia podía provocar la desestabilización que se pretendía evitar.

En pocos días la diplomacia de Washington cambió de estrategia, enfocando la tensión de forma directa sobre Wiranto. No se puede más que hacer especulaciones sobre el nuevo objetivo que decidió a Washington a jugar su carta ganadora. Un motivo pudo ser la conveniencia de evitar que Timor Oriental tuviera un desenlace tipo Ruanda, cuya resonancia dentro de la opinión pública estadounidense alcanzó cierta amplitud. Cravinho, ofrece otra explicación: con el poder evidentemente en manos de Wiranto, Washington consideraba que la transición democrática emprendida tras la caída de Suharto peligraba.¹¹ Dicha transición le fue impuesta a Indonesia tras el colapso económico que emergió de la crisis asiática, y la desmilitarización de la política es uno de sus cometidos primordiales.

Lo cierto del caso es que la intrincada situación, donde a pesar de las suspensiones de asistencia militar y financiera impuestas por la comunidad internacional, Indonesia parecía gozar de una posición ventajosa, no se resolvió hasta que Washington se enfrentó cara a cara con Wiranto. En este sentido resulta muy ilustrativo el que este general no se hubiera declarado dispuesto a considerar la opción de una fuerza de paz¹² hasta después de que Clinton admitiera oficialmente que los militares indonesios colaboraban con las milicias.¹³ Igual de sugestivo es el hecho de que Yakarta formalizara su consentimiento poco después de una comunicación telefónica entre el Almirante Blair, comandante de las fuerzas militares de Estados Unidos en el Pacífico, y el general Wiranto.

Los paramilitares

La participación del contingente de paz no fue, entonces, una cuestión de principios sino una cuestión práctica determinada por la variación de los objetivos del Gobierno de Washington. Con lo que se puede concluir que los valores que la comunidad internacional ha pretendido hacer valer como universales en aras de la coexistencia pacífica y la dignidad humana se interpretan siempre en función de intereses pragmáticos.

En salvaguarda de éstos, los gobiernos occidentales estaban dispuestos a ser cómplices, por segunda vez, de un exterminio atroz de timorenses en manos de las autoridades militares indonesias. Mientras que Mary Robinson, la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, denunciaba de forma enfática la coautoría de los militares indonesios en los actos de salvajis-

¹⁰ Noam Chomsky, "Unworthy Victims of Terror", *Al-Ahram*, nº 12, 12-18 de agosto, 1999, El Cairo.

¹¹ Joao Cravinho, Consejero del Ministerio de Asuntos Exteriores de Portugal para Timor Oriental, entrevista de la autora, 18 de septiembre 1999.

¹² *Le Monde*, 12 de septiembre, 1999.

¹³ Seth Mydans, "International Pressure Grows as Violence Continues in East Timor", *The New York Times*, 11 de septiembre, 1999.

mo, entre ellos ataques perpetrados contra las oficinas de la ONU y de la Cruz Roja;¹⁴ la diplomacia occidental se mostraba casi complaciente ante las excusas ofrecidas por Yakarta. La profanación de su compromiso de mantener la seguridad antes, durante y después del proceso fue justificada con el argumento de que la muerte sembrada por las milicias, enfurecidas por una conjura de la ONU para bloquear la opción integracionista, había escapado de su control. Y como respuesta a la creciente presión, el presidente Habibie decretó la ley marcial, licenciando a los militares indonesios para consumir la destrucción con mayor facilidad. Las exculpaciones comportaban un escaso margen de credibilidad.

La súbita pérdida de control de las autoridades militares frente a la violencia de las milicias no se corresponde con la naturaleza del fenómeno paramilitar en Indonesia. El paramilitarismo goza de legitimidad institucional en el país desde Suharto,¹⁵ y a diferencia de lo que ocurre en otros países como Colombia, donde los militares se disputan el monopolio estatal de las armas, en Indonesia asumen funciones propias de las instituciones de seguridad. El jefe de las milicias Aitarak, Eurico Guterrez, fue nombrado por el gobernador de Timor Oriental. El propio presidente Habibie indicó que la situación en Timor Oriental suponía condicionantes psicológicos muy fuertes para los militares debido a su intimidación con las milicias.

A pesar de su aparente anarquía, la matanza y el terror desencadenados tras el anuncio de los resultados del referéndum revelaban los medios de una estrategia militar predeterminada. Un informe de la dirección de Human Rights Watch en Bruselas establece que 10.000 hombres fueron reclutados para formar una red de milicias dependientes de los Servicios Secretos indonesios (KOPASSUS) que, basadas en los comandos militares de los trece distritos timorenses donde serían operativas, fueron introducidas a comienzos del año.¹⁶

Aunque el mismo documento manifiesta que la evidencia señala al general Wiranto como cabeza de la operación, para algunos observadores no existe claridad en cuanto a la cadena de comando entre la cúpula militar en Yakarta y las actividades que se han venido sucediendo en Timor Oriental. En este sentido se pronunció uno de los miembros de la delegación enviada por el Consejo de Seguridad tras reunirse con Wiranto en Dili, la capital timorense.¹⁷ Sin embargo, según las declaraciones de un experto militar y defensor del general Wiranto, transmitidas en un análisis de Sander Thoenes¹⁸ para *The Financial Times*, hablar de “una ruptura en la línea de comando” es a todas luces inadecuado.¹⁹ Como máximo, Wiranto cerraba los ojos mientras sus tropas insumisas hacían el trabajo sucio.

*Como
máximo,
Wiranto
cerraba los
ojos mientras
sus tropas
insumisas
hacían el
trabajo sucio.*

¹⁴ Barbara Crossette, “Intervention in East Timor is gathering backers at the UN”, *The New York Times*, 7 de septiembre, 1999.

¹⁵ Joao Cravinho, entrevista, 18 de septiembre, 1999.

¹⁶ Lotte Leicht, “Questions and Answers on East Timor”, HRW, Bruselas, 8 de septiembre, 1999.

¹⁷ *El Mundo*, 23 de marzo, 1999.

¹⁸ El corresponsal fue asesinado por un grupo de paramilitares el pasado 21 de septiembre en Dili.

¹⁹ “Military Manouvers”, *The Financial Times*, 13 de septiembre, 1999.

A los militares les sobraban incentivos para impedir la independencia de Timor Oriental. De hecho, cuando el gobierno de Yakarta firmó con Portugal y la ONU el acuerdo que otorgaba a los timorenses la posibilidad de separarse de Indonesia, el pasado 5 de mayo en Nueva York, no contó con el apoyo de la alta jerarquía tradicional. En el contexto de la transición democrática, la institución militar aparece fraccionada y contestada,²⁰ pero su doble función constitucional, en virtud de la cual goza de un papel primordial en la vida política, sigue intacta. Siendo así, el presidente Habibie pudo reconocer en términos políticos que la cuestión timorense era un problema internacional y no interno, pero no tenía la capacidad de apartar a los militares del acuerdo con respecto al tema de la seguridad.

Perder a Timor Oriental representaba un precio muy elevado para el orgullo castrense, teniendo en cuenta el fracaso de no haber logrado consolidar a Indonesia como autoridad legítima tras más de dos décadas de ocupación. No sin dificultad podían despedirse de los privilegios políticos y de las riquezas adquiridas por la apropiación de las tierras y la usurpación de los recursos timorenses.

Al no haber logrado las milicias intimidar a la población y sabotear el proceso de la consulta, se emprendió la destrucción sistemática de la estructura social y administrativa timorense. Según una investigación realizada por *The Guardian/Observer*, generales del ejército indonesio dieron órdenes a sus "cuadrillas de la muerte" de trasladar a Timor Occidental a las mujeres y a los niños, junto con los hombres que no identificaran como pro independentistas.²¹ La idea de formar un enclave pro indonesio en el nuevo Estado independiente es poco realista. La victoria independentista contó con el apoyo unánime de la comunidad internacional y con la aprobación de los civiles en Yakarta, manifestada por el presidente Habibie y el ministro de Asuntos Exteriores, Ali Alatas. El silencio de los militares y el rechazo violento de las milicias, en cambio, fueron contundentes. En virtud de la aducida imparcialidad de la ONU es muy factible que hubiesen optado por trasladar timorenses a territorio indonesio para ser tenidos como rehenes y luego exigir un nuevo proceso.

Lo que acació en Timor Oriental tras la votación estuvo articulado por el juego político en Yakarta, en la antesala de las elecciones presidenciales que tendrán lugar el próximo noviembre. El caso timorense sirve de ejemplo para aumentar las expectativas de otros movimientos secesionistas que se suceden en el archipiélago, su potencial nacionalista deja la oportunidad a Wiranto de desacreditar a Habibie y de recuperar la totalidad del poder cohesionando a los militares. En términos políticos el presidente Habibie ha sido aniquilado y la ausencia de la autoridad civil en Yakarta es casi absoluta.²²

²⁰ Salomon Kane y Laurent Passicousset, "Un pouvoir central contesté", *Le Monde Diplomatique*, junio de 1999, p.24.

²¹ "Revealed: Army's Plan to Destroy a Nation", [//www.newsunlimited.co.uk/indonesia/](http://www.newsunlimited.co.uk/indonesia/).

²² El pasado 20 de octubre, el islamista Abdhurrahman Wahid (Partido del Despertar Nacional) fue elegido como Presidente de la República por la Asamblea Consultiva Popular (MPR) tras la retirada de Habibie como candidato del Golkar. Al día siguiente los diputados eligieron a Megawati Sukarnoputri (Partido Democrático de Indonesia por la Lucha) como Vicepresidenta.

El legado del referéndum pone de manifiesto que los militares están venciendo en la lucha por el poder político, dejando al proceso de democratización estancado. Pero por otro lado están en la mira de las potencias mundiales, con lo cual el mensaje que pretendieron hacer llegar a quienes reivindican una mayor autonomía o la independencia en Indonesia se ha visto frustrado. El concepto de nación en Indonesia se moldeó a partir de sus circunstancias coloniales y en gran medida por la represión militar, por lo que la idea de un futuro archipiélago desintegrado no resulta nada desfasada.

En virtud del acuerdo de Nueva York el parlamento indonesio deberá ratificar los resultados del referéndum en noviembre. Con el condicionante marcado por la actuación de la comunidad internacional en este proceso, su negativa no será viable en términos políticos. Tras la ratificación Indonesia se reunirá nuevamente con Portugal y la ONU para discutir el desarrollo de una etapa transitoria que preparará el marco institucional para que Timor Oriental asuma su independencia. El contingente multinacional será reemplazado por una misión de mantenimiento de la paz bajo el mando de la ONU.

En cuanto a las decenas de miles de timorenses que han sido trasladados a Timor Occidental, es indispensable que la ONU y la comunidad internacional se cercioren del cumplimiento de Indonesia de su responsabilidad de garantizar su regreso seguro a Timor Oriental. Y en lo que la ONU podrá demostrar su compromiso, siguiendo las advertencias del Secretario General y de la Alta Comisionada para los Derechos Humanos, será en la implicación como criminales de guerra de los responsables del exterminio de timorenses.

El referéndum en Timor Oriental deja una enseñanza a todos los pueblos que aún luchan por determinarse libremente: El poder de las Naciones Unidas, en su función de garante de la paz en el sistema mundial, es limitado. La Organización no cuenta con un dispositivo de seguridad al margen del presupuesto asignado por los estados miembros, cuya selectiva defensa de los valores universales depende de los intereses pragmáticos que estén involucrados.

El marco de seguridad del referéndum de Timor Oriental no pudo ser diferente por el hecho de que los militares indonesios dirigen al país. No obstante, su fracaso debe servir de lección contra los mitos del electoralismo y la voluntad popular: las personas tienen el derecho a votar y a elegir, pero en situaciones peligrosas y con una institucionalización frágil deben existir las condiciones de seguridad inmediata y futura para hacerlo. Lo contrario es una irresponsabilidad.

La seguridad de *Timor Loro Sae* o Timor "donde nace el sol", como ha sido bautizada la nueva nación, se dará dentro de fórmulas diplomáticas que promuevan un equilibrio con los países vecinos, Indonesia y Australia, ya que no contará con ejército propio. En cuanto a alcanzar su viabilidad económica, el nuevo Estado dependerá en gran medida de la ayuda financiera que le sea otorgada por la comunidad internacional, principalmente Australia, Estados Unidos y la Unión Europea. Será, de todos modos, muy difícil reconstruir la sociedad timorense que está siendo dispersada en Timor Occidental. Como ironía profunda de la historia, los mismos países que ayudaron a forjar su drama proporcionarán su asistencia básica y permitirán que Timor Oriental sobreviva en la globalización.

*El referéndum
en Timor
Oriental
deja una
enseñanza a
todos los
pueblos que
aún luchan
por determi-
narse libre-
mente.*